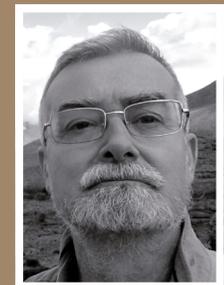


# El Museo que yo he conocido



Sala de la exposición permanente de Geología en 1992.

*A todos los que  
ya no están con  
nosotros pero  
siguen vivos  
en nuestro  
recuerdo y en  
las obras que  
han dejado*



Javier Sánchez  
Almazán



El MNCN cuenta entre su personal con un cronista de lujo, una de esas personas capaz de captar la esencia de lo que ocurre a su alrededor y la determinación de compartir sus descubrimientos con el mundo. Javier Sánchez Almazán ha sido testigo del devenir del museo en los últimos 32 años y hoy tenemos la suerte de contar con este artículo que resume su paso por esta institución. Javier, todos somos reemplazables, sí, pero la huella que has dejado en el museo es imborrable.

### Minerales, rocas, meteoritos y un puñado de personajes singulares

Dentro de dos meses mi actividad laboral llegará a su fin. Para entonces hará 17 años que estoy al frente de la Colección de Invertebrados y 32 en el Museo. Nada menos que media vida.

Tras sacar mi plaza en una de las escasísimas convocatorias que el CSIC ha ofertado en los últimos 30 años, me incorporé al Museo en un caluroso mes de julio, que pasé en el entonces tórrido torreón de la Colección de Entomología. Aunque venía destinado a Geología como ayudante de Javier García Guinea, conservador de la colección, el titular estaba en ese momento de vacaciones. Así entré en un mundo que entonces, a mis 34 años, se me antojó de lo más sugestivo y del que sabía muy poco.

*“Somos seres de paso, el Museo seguirá su historia y la pregunta que todos los que hemos trabajado en él hemos de hacernos es si hemos dejado las cosas mejor que las recibimos”*

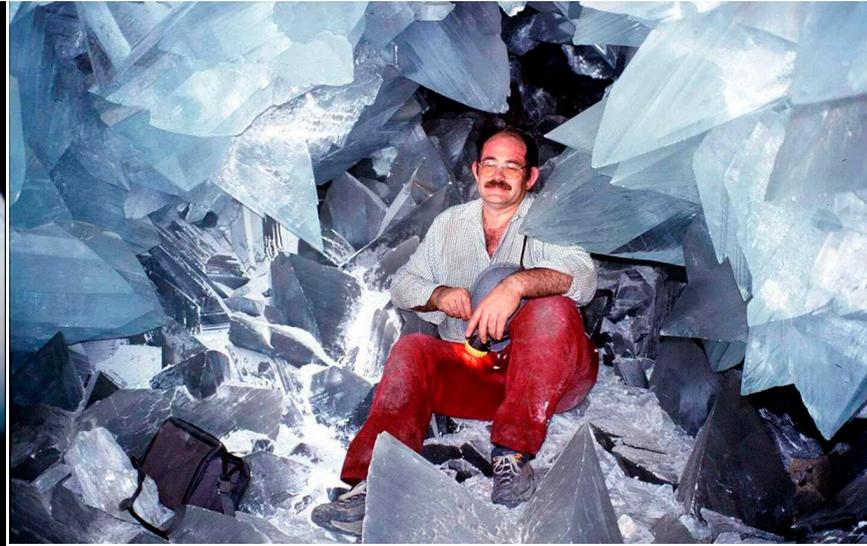
Bajar al sótano donde estaban los fondos de Geología por esa estrecha escalera de escalones desiguales, que todavía existe, y explorar las cajas donde se almacenaban varios miles de minerales y rocas era casi como descender al vientre mismo de la tierra para encontrar todos aquellos tesoros. Unos tesoros depositados a lo largo de más de dos siglos en una institución venerable, de historia tan brillante como accidentada, con la que tomé contacto por primera vez a través de la obra del padre Barreiro.

Inventariar esas piezas fue mi tarea principal. Muchas eran espectaculares y todas interesantes. Unos fondos soberbios que merecerían mejor suerte. Ahí estaban los elementos nativos. El oro de Vorospatak. La enorme pieza de cobre nativo de San Bartolo. El



El autor en noviembre de 1991, con 34 años, cuatro meses después de su llegada al Museo.





De izquierda a derecha: Jesús Martínez Frías, brillante investigador de geología planetaria, entre otras especialidades, de dilatado currículum, y escritor de relatos de anticipación. Javier García Guinea, fotografiado el 27 de mayo del 2000 dentro de la gigantesca geoda de cristales de yeso de Pulpí (Almería). Foto: *Diario Ideal*. Luis Alcalá en 2009. Tras su paso por el Museo dirigió en Teruel la Fundación Dinópolis hasta 2021. Hoy es Director-Gerente del Parque de las Ciencias de Granada. Foto: Sociedad Geológica de España.

azufre de Conil. La plata de México. Y los sulfuros, óxidos, carbonatos. Los cinabrios de Almadén. Las piritas de Navajún. Las malaquitas de Pardos. Las fluoritas. Las marcasitas en cresta de gallo. Los cuarzos del Delfinado... Una inmensa variedad de colores y texturas me sorprendían al abrir esas cajas. Recuerdo las gotas de mercurio rezumando de una pieza de cinabrio. O las etiquetas de algunas piritas quemadas por el ácido formado en la descomposición del mineral por la humedad. Y los símbolos alquímicos que identificaban los minerales más antiguos: ejemplares históricos procedentes de viejas expediciones, algunos remitidos por Humboldt... Junto a ellos, la colección de meteoritos. Y la de lapidarios...

*“Recuerdo la voz rasposa de Emiliano Aguirre y su memoria elefantiaca. Su interés por la historia del Museo era una pieza más de su inmensa curiosidad intelectual”*

Tratar con Javier García Guinea, «conservador en funciones», como él decía, pues era investigador titular, suponía enfrentarse a un vendaval de energía. A sus inmensos conocimientos unía

un carácter expansivo y dicharachero, una contagiosa inquietud por todas las cosas, una gran generosidad y una sensibilidad que a primera vista uno ni sospechaba. Él atraía a toda clase de personajes singulares, como a su amigo Martín, un rastreador de campo nato, capaz de los hallazgos más insólitos, o a Iván Larrea, autodidacta, que había construido un pequeño órgano con rocas ornamentales del que salía un sonido fantástico. En esos días conocí a Luis Sánchez, que realizaba su tesis bajo la dirección de Javier. A Rafa, el técnico de análisis de rayos X, una de las personas más gozosamente incorrectas que he tratado. A Jesús Martínez Frías, de cuya amistad me precio: embarcado siempre en cien proyectos, una atmós-



fera de entusiasmo le rodeaba y uno la percibía al acercarse a él. También a Teresa Montero, secretaria de Paleontología, con la que me une una buena amistad. Y a Carmen Sendra, Sergio, Javito, Cari, Angelines o Pepe Arroyo. De las vivencias de esa época nació mi novela *Beduino en la ciudad*.

Pero no todo son recuerdos agradables. También estuvo la contaminación por amianto, material que aislaba las conducciones del sótano de Geología y cuyas fibras quedaron al aire en unas obras realizadas en 1992. La inadecuada respuesta de la dirección motivó una denuncia ante Salud Laboral primero y ante CC.OO y varios medios de comunicación después. Tras el enfado correspondiente de las autoridades del CSIC y del propio Museo, hubo de acometerse una costosa descontaminación del sótano.

### Un mundo de fósiles y de objetos prehistóricos

A mediados de los 90 pasé a depender de Luis Alcalá, conservador de Paleontología de Vertebrados, al hacerse cargo de las colecciones de Geología tras la renuncia de Javier. Así llegué a establecer contacto con el mundo de los huesos fósiles, igualmente fascinante. Ictiosaurios. Placas de gliptodonte. Los peces de Los Aljezares. Las ranas de Libros. Los mastodontes de Yuncos... Y también con la Colección de Prehistoria, donde conocí piezas de yacimientos míticos: Torralba, Ambrona, las terrazas de Manzanares, las cuevas asturianas... Un conjunto irrepetible que hoy no podría reunir ningún museo, tras haberse hecho cargo las CC. AA. del material paleontológico y

*“Miguel Villena me propuso traducir el Catálogo de Pedro Franco Dávila. Comenzaría así una aventura apasionante que nos llevaría a navegar por las aguas de la historia”*



Miguel Villena. Fotografía tomada por Lola Bragado. Su engañosa apariencia de fragilidad escondía una gran resistencia, física y moral, y una gran afición por el deporte, especialmente el fútbol.

arqueológico encontrado en sus respectivos territorios. Recuerdo la emoción que sentí la primera vez que tuve en mis manos un hacha bifaz: aquel objeto transmitía pura perfección. Quien había tallado en la aurora de los tiempos ese trozo de pedernal era un consumado maestro: no sobraba ni faltaba ningún retoque en él.

Recuerdo a tanta gente que entonces traté. A Luis Alcalá y su gran aguante ante situaciones adversas (o, simplemente, fastidiosas). A Beni, Isabel, Lu, Lola, Lauro, Susana, Yolanda, Loli. A Blanca y Paloma, hábiles restauradoras. A Elena, la atractiva arqueóloga que llegó un día para estudiar huesos de oso y con la que fragüé una amistad que ha perdurado hasta hoy. A Begoña, que sustituyó

a Luis en la dirección de la colección y con la que volví a coincidir al cabo de los años, esta vez como compañeros. A Ángel Montero, que preparaba su tesis en la Colección de Paleobotánica. Con él colaboré en su revista *Pellets*, hecha artesanalmente y donde abundaban los artículos con cierto aire gamberro.

En esos días Atapuerca era noticia en todos los medios. El Museo tenía una brillante participación en esa empresa científica. Cada campaña de excavación reservaba un hallazgo de primera línea. Con Emiliano Aguirre, el patriarca de ese grupo de paleontólogos que serían galardonados con el Premio Príncipe de Asturias, hablé varias veces. Recuerdo su voz rasposa y su memoria elefan-





tíaca. Y su interés por la historia del Museo, una pieza más de su inmensa curiosidad intelectual.

**Por fin, la zoología. La historia se cruza en mi camino**

En 2001 solicité mi traslado a la Colección de Invertebrados (No Insectos y No Moluscos), de la que se había hecho cargo recientemente Miguel Villena, tras separarse de la Colección de

*“La falta de gente que nos sustituya, por una política alicorta y mezquina que no oferta plazas, ha ido despoblando las colecciones. Una muestra más del desconocimiento hacia el trabajo de conservador ”*

Malacología. Y ahí se abrió un horizonte insospechado cuando en el verano de 2004 Miguel me propuso traducir una parte del *Catálogo de Pedro Franco Dávila*, primer director del Real Gabinete, publicado en francés en 1767 y donde describía sus colecciones. Comenzaría así una aventura apasionante que nos llevaría a navegar por las aguas de la historia. El objetivo inicial era identificar, mediante esas descripciones, las piezas de la colección actual que pertenecieron a Dávila.



l Izquierda) Begoña Sánchez junto al cangrejo gigante del Japón. Exposición de 2012 en el Museo Reina Sofía. En los últimos años el Museo ha estado presente en numerosas exposiciones, en instituciones tan importantes como el Museo del Prado, el Arqueológico, el Museo de América, la Real Academia de Bellas Artes, la Biblioteca Nacional, el Palacio Real o el Museo Cerralbo. Derecha) Preparando la exposición sobre Darwin en el Museo en julio de 2009. Junto a mí, Patricia Álvarez. De espaldas, Paco Yagüe. Una y otro han sido personas muy significativas para mí a lo largo de estos años.



De izquierda a derecha: Américo Cerqueira en el taller de Navidad «Imaginando historias», en diciembre de 2014. Gran conversador y persona de amplios conocimientos, he compartido con él muchos buenos momentos y disfrutado de muchos de los libros que se pueden adquirir en la Tienda del Museo que él y Carmen, su mujer, regentan. / Homenaje en noviembre de 2016 a Ángeles Calatayud, jefa del Archivo del Museo durante 40 años y pionera del estudio de Dávila y el Real Gabinete. Junto a ella, Miguel Ángel Puig-Samper, historiador de la ciencia, director durante años de Publicaciones del CSIC y, por encima de todo, un gran ser humano. / Visita guiada a la exposición *Una colección, un criollo erudito y un rey*, el 9 de febrero de 2017. Aquí estoy en plena explicación, con cara de ir a cantar una saeta, junto al maniquí de Dávila vestido con traje de época, que hace unos meses fue retirado de la exposición del Real Gabinete.

Mientras yo me enfrascaba en la traducción en mis ratos libres, Miguel se metía de lleno en el Archivo del Museo investigando la abundante documentación de la época. El resultado fue un libro de 1.100 páginas, *El gabinete perdido*, en el que también colaboraron Jesús Muñoz (autor de más de 400 espléndidas fotografías) y Paco Yagüe, ayudante de la colección. En 2009 lo presentamos en el Museo de América. Miguel ya no estaba con nosotros: había fallecido el año anterior. Durante un tiempo su ausencia me pareció irreal. Eran tantos sus proyectos, su entusiasmo... A la mente me venían su minuciosidad, su capacidad de trabajo, su amor por las colecciones a su cargo.

*“En todo este tiempo una de las mejores cosas que me han ocurrido ha sido la relación con tantos buenos compañeros del Museo, en los que he encontrado no pocas veces consuelo, estímulo y ayuda”*

A finales de 2006, con Miguel ya de baja, pasé a ser responsable de la Colección de Invertebrados, lo que me obligó a cambiar mi dinámica de trabajo. La colección tenía un gran movimiento (ingreso de material, consultas, préstamos, visi-

tas), debido en no pequeña medida al buen hacer de Miguel. En todos estos años han sido muchos los investigadores (españoles y extranjeros) con los que nos hemos relacionado. Citaré a aquellos con los que ha habido un contacto más estrecho. Entre los poliquetólogos, Guillermo San Martín, Eduardo López, María Capa, Julio Parapar, Juan Moreira, Yolanda Lucas, Maite Aguado, Óscar Díez, María Giangrande, Vivianne Solís, Andrés Arias y, más tarde, Patricia Álvarez Campos, a la que conocí de estudiante y que hoy es una brillante investigadora. También están Pilar Rodríguez (especialista en oligoquetos) y Javier Souto y Óscar Reverter (briozoólogos), así como Carolina Noreña, investigadora del Museo, experta en

*“Recientemente he sabido que, el artículo en el que se definían una serie de parámetros para evaluar la gestión de colecciones de historia natural, ha servido de inspiración a un museo argentino”*

policládidos, asesora científica de la colección y de una generosidad sin límites.

Ayudado por Paco Yagüe, se cuentan por decenas de miles los ejemplares que han ingresado en la colección en estos años, incluido numeroso material tipo. En 2014 pasó a trabajar conmigo Begoña Sánchez Chillón, que dos años más tarde se haría cargo de los artrópodos no insectos. Desde entonces hemos sido inseparables. En 2015 publicamos el *Catálogo de tipos de poliquetos* de la colección, viejo proyecto de Miguel. En 2019 salió a la luz *Las colecciones del Museo Nacional de Ciencias Naturales: investigación y patrimonio* por el empeño personal de Nacho Doadrio, obra colectiva de más de 50 autores en la que tuve estrecho contacto con Doadrio y con Rafa Araujo como miembro del equipo de edición. La muerte de Rafa en 2021 fue otro momento amargo. Entre medias, en la medida en que la gestión de la colección lo permitía, fueron apareciendo diversos artículos: uno sobre las esponjas históricas, en 2017, o el que resumía la evolución de la propia Colección de Invertebrados, en 2019. Recientemente he sabido que uno de esos trabajos, en el que se definían una serie de parámetros para evaluar la gestión de colecciones de historia natural, ha servido de inspiración a un museo argentino.

Por su parte, la aventura con Dávila ha seguido su propio camino, que me ha llevado a continuar

investigando su figura a través de nuevos libros, artículos y conferencias, algunas de éstas en instituciones tan emblemáticas como el Museo de América, la Real Academia de Bellas Artes o el Museo del Prado. A este último llegué por la generosidad de Miguel Ángel Blanco, el artista que organizó la impactante exposición *Historias Naturales* en 2013, donde se hermanaron por unos meses ejemplares de nuestras colecciones con piezas maestras de la gran pinacoteca.

Mi colaboración con la Sociedad de Amigos, a través de Josefina Cabarga, alma de la asociación (una suma de entrega, capacidad de trabajo, entusiasmo y fe a toda prueba), me ha deparado nuevas experiencias como conferenciante. Recuerdo con especial cariño la charla dedicada a Rachel Carson o la del año pasado, sobre los naturalistas españoles y el mundo natural americano. También he participado en la revista *NaturalMente*, donde he contado con la paciencia de Xiomara Cantera, que la dirige con brío y acierto. De los artículos míos que allí han aparecido, me hicieron particular ilusión el dedicado a las greguerías de Gómez de la Serna y el mundo natural y la serie sobre las mujeres científicas del XVIII.

### Compañeros y amigos

En todo este tiempo una de las mejores cosas que me han ocurrido ha sido la relación con tan-



Cuarto de la Colección de Invertebrados (Cnidarios). Marzo de 2015. La falta de espacio para albergar y exponer las colecciones es una constante en el Museo, que se ve fuertemente limitado por compartir edificio con la Escuela Politécnica.





En el centro, Mónica Vergés, responsable del Archivo. A su derecha, Pilar Rodríguez (Piluca) y a su izquierda, Natalia Villota, restauradora. Juntas afrontan cada día nuevos retos en un archivo que no cesa de crecer y que se ha visto enriquecido en los últimos años con magníficas adquisiciones.

tos buenos compañeros del Museo, en los que he encontrado no pocas veces consuelo, estímulo y ayuda. Juntos hemos creado un espacio en el que compartir lo bueno y lo malo que nos ha ido sucediendo en estos años. El contacto más estrecho ha sido, claro, con la gente de Colecciones. Bego y Paco, con los que he trabajado codo con codo. Lola y Javi. Pepa, Luis, Ángel, Gema, Bea, José Enrique, Jesús Dorda, Susana, Julio, Manuel, Rita, Noelia, Marisol, Elena Errasquin y, últimamente, Fernando, Diana y Consuelo. También con Jesús Muñoz, con el que tantas cosas he compartido,

y Ana García, con la que he colaborado en la Wikipedia. Marian Ramos, que ha dado tanto al Museo. Pepe Fernández, Jesús Juez y Pilar López. Con ellos, Noemí Guil, Violeta, Iván, Juan Antonio, Demetrio e Isabel Morón. Y amistades nuevas, como Paola Santacruz, de Quito. No olvido a antiguas compañeras: Lores, Chelo, Encarna, Cruz, Carmen Velasco. Un recuerdo especial para los que ya no están entre nosotros: Marina Alcobendas, Isabel Izquierdo, Isabel Bermúdez de Castro, Miguel Vela, Fernando Señor, Andrés Barbosa, Marian Ramos...

*“En 2019 salió a la luz  
Las colecciones del  
Museo Nacional de  
Ciencias Naturales:  
investigación y  
patrimonio, obra  
colectiva de más de  
50 autores en la que  
fui editor junto a  
Nacho Doadrio y Rafa  
Araujo”*

Con Cristina Cánovas he tenido una relación especial, intensificada a raíz de nuestra colaboración en la exposición *Una colección, un criollo erudito y un rey*, de 2016, que reafirmó mi convencimiento en su gran valor, humano y profesional. Fue aquella una experiencia enriquecedora, a pesar del mucho trabajo que nos dio, en la que contamos con el apoyo de Santiago Merino, el mayor que yo haya recibido de un director del Museo, y ya llevo conocidos a ocho. En el último año también he trabado amistad con Marta y Azucena, de Comunicación. Mi reconocimiento asimismo a la labor de Xiomara, Carmen Martínez, José María Cazarra, Alfonso Nombela, Alfonso Marra y Óscar Ramos. Las compañeras del Archivo, Mónica (buena amiga, un lujo para el Museo), Piluca y Natalia, con Manuel Parejo, han formado parte de ese oasis de hallazgos maravillosos que es para mí el Archivo. Recientemente también he conocido allí a Pedro Arsuaga, de saber enciclopédico y entusiasmo indesmayable.

No quiero olvidar a investigadores que me han servido de inspiración por sus cualidades humanas. Así, Santiago Merino, Luis Boto, Andrés Barbosa, Alfredo Salvador, Carolina Noreña, José Templado, Annie Machordom, Mario García París, Fernando Valladares o Yolanda González. Tampoco a Viki, Alcira, Rebeca, Chema, Munther, Ana, Carlos o Angelito, de Administración; a Ana, de Centralita; a Berna; a los monitores que crean con sus talleres un recuerdo inolvidable para los niños que nos visitan; a nuestros jardineros; al equipo de Mantenimiento, que, dirigido por José María Torregrosa, brega cada día con los obstá-





*“Con Cristina Cánovas he tenido una relación especial, intensificada a raíz la exposición Una colección, un criollo erudito y un rey que reafirmó mi convencimiento en su gran valor, humano y profesional”*

culos de un edificio singular lleno de achaques; a Olga y a Ramiro, del Servicio de Limpieza, y a quienes velan por nuestra seguridad y por el orden en las salas. Este centro no sería lo mismo sin Carmen y Américo, que, junto con Teresa, han hecho de la Tienda del Museo un lugar mágico y una referencia para todos.

#### En el final del camino

Estos últimos días están siendo intensos. Una vorágine de trabajo para intentar cerrar tantos asuntos como implican a una colección de historia natural de estas características, en la que la gestión entera recae sobre uno solo. Un esfuerzo final, aun sabiendo que muchas cosas quedarán pendientes, con la inevitable desazón (que aventaré cuando deje toda responsabilidad) que produce la falta de relevo a la vista. Echando de menos a tantas personas válidas y jóvenes que han pasado por aquí, como Olga y Silvia, tan añoradas, que tuvieron que irse al acabar su contrato. ¿Qué sistema es éste que permite tales despropósitos y al que nos empeñamos en seguir considerando racional contra toda evidencia? El envejecimiento del personal y la falta de gente que nos sustituya, por una política alicorta y mezquina que no oferta plazas, ha ido despoblando las colecciones. Una muestra más del desconocimiento de la Administración (y de otras instancias) hacia este trabajo.

En el centro, Cristina Cánovas. A su derecha, Marta Fernández y a su izquierda, Azucena Márquez. El trabajo con Cristina ha sido siempre gratificante: a su gran creatividad y capacidad de trabajo, suma su aptitud para dirigir equipos. La amistad con Marta y Azucena surgió de nuestra pasión por la literatura.



El tiempo sigue su curso, como un río que no cesa de fluir, y pronto mi vida entrará en un nuevo ciclo. Todos nos vamos. Somos seres de paso, como cada criatura en este mundo nuestro. El Museo seguirá su historia y la pregunta que todos los que hemos trabajado en él (eslabones de una larga cadena) hemos de hacernos, cada cual de acuerdo a su responsabilidad, es: ¿hemos dejado las cosas mejor que las recibimos? ¿Hemos cumplido bien con nuestra misión de preservar y enriquecer un patrimonio, histórico y científico, de un inmenso valor, de uno de los tres museos de historia natural más antiguos del mundo?

Tardes frías, con el cielo ya oscurecido, cuando entro y salgo de mi cuarto de trabajo al patio, cargado con el material que he de colocar en

los armarios de colección o para cualquier otro cometido relacionado con mi labor, en estos meses finales. Reina a esas horas un silencio casi monacal. Recorro el Cuarto de Corales (pocos paseos me quedan ya por él), sanctasanctórum de la colección en lo que a historia se refiere, con decenas de piezas procedentes del Real Gabinete. Ese cuarto que Miguel y yo acondicionamos hace ya casi 20 años para proteger mejor todos esos ejemplares únicos.

Una singular sensación de plenitud me invade cuando acabo la jornada laboral y salgo a la inclemente noche del invierno madrileño. Y cuento los días que me van quedando, no tanto por la urgencia de irme (aunque también tengo ganas de empezar otra etapa en mi vida) como por dejar terminadas muchas tareas pendientes ■

